

LECCION BIBLICA

¿Por que no se es salvo?

“Pasó la siega, terminó el verano, y nosotros no hemos sido salvos” (Jer. 8:20).

Son muchas las almas que dicen estar buscando la salvación de su alma, sin encontrarla. Se les oye decir: **“Ah, ¡si yo supiera dónde y cómo encontrar al Señor!”** ¿Sientes tú lo mismo? ¿Es este el peso que soporta tu alma atribulada? Es posible que hayas llorado pensando en tus pecados y hayas orado para recibir el perdón de los mismos; con todo, no tienes ninguna seguridad de que tu alma haya sido salvada — no puedes decir: **“He hallado al Señor”,** y **“yo soy de mi amado y mi amado es mío”** ¿Por qué es así?

No será porque Dios falte en su amor para contigo y para los pecadores, ya que **“de tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en él cree, no se pierda, mas tenga vida eterna”** (Juan 3:16).

Tampoco es porque Dios no quiera salvarte, pues, **“Dios nuestro Salvador... quiere que todos los hombres sean salvos y vengan al conocimiento de la verdad”** (1.ª Tim. 2:3-4). Y Dios mismo te está hablando ahora, **“no queriendo que ninguno perezca, sino que todos procedan al arrepentimiento”** (2.ª Ped. 3:9).

La falta no precede de Dios; lo que ocurre es que tú has estado ocupado contigo mismo y procurando hacer tus buenas obras para salvarte, tratando de mejorar lo que Dios ha condenado, descalificando al hombre en su obrar: **“No hay quien haga lo bueno, no hay ni siquiera uno”** (Rom. 3:12). Y se añade en otro lugar que **“todos nosotros somos como suciedad, y todas nuestras justicias como trapo de inmundicia”** (Isa. 64:6).

Querido lector, tú no puedes salvarte a ti mismo. Tal vez te preguntes, ¿entonces, cómo puedo ser salvado? Este es el camino de Dios, y lo que El dice en Su Palabra: **“Porque por gracia sois salvos por medio de la fe; y esto no es de vosotros, pues es don de Dios; no por obras, para que nadie se gloríe”** (Efes 2:8-9).

Y la Biblia sigue afirmando que **“Cuando se manifestó la bondad de Dios nuestro Salvador, y su amor para con los hombres, nos salvó, no por obras de justicia que nosotros hubiéramos hecho, sino por su misericordia nos salvó”** (Tito 3:4-5).

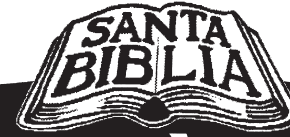
Entonces si todavía te preguntas el porqué tú no eres salvo, es porque no te estás apropiando de la salvación que Dios te ofrece de gratis en Cristo. Y no creas que tu salvación queda sin pagar el precio, que por cierto fue muy costoso, pues para que ello fuese posible, Cristo fue **“quien llevó él mismo nuestros pecados en su cuerpo sobre el madero para que nosotros, estando muertos a los pecados, vivamos a la justicia”,** pues **“Cristo padeció una sola vez por los pecados, el justo por los injustos, para llevarnos a Dios”** (1.ª Ped. 2:24; 3:18).

Si, querido amigo, la deuda ha sido pagada, y el pecado ha sido expiado, y justo antes de morir Jesús exclamó en la cruz, **“Consumado es”** (Juan 19:30). Con ello significaba que la obra de la redención había sido consumada, terminada totalmente.

Enconces, si la redención ya ha sido cumplida, ¿por qué más demora? No pospongas tu decisión para otro día. Cree en el Señor Jesús de todo corazón, acéptalo como tu Salvador y podrás decir: **“Hemos hallado a aquel de quien escribió Moisés en la ley, así como los profetas: a Jesús”** (Juan 1:45).

Toda Correspondencia debe dirigirse a la redacción: Mensajes del Amor de Dios, 35612-11th Avenue S.W., Federal Way, WA 98023 EUA. Se manda un Evangelio del Apóstol Juan al que lo solicite, con límite de un solo ejemplar a cada solicitante. Favor de escribir su nombre y domicilio con letra de molde.

Esta publicación se facilita gratis a quien la pida.

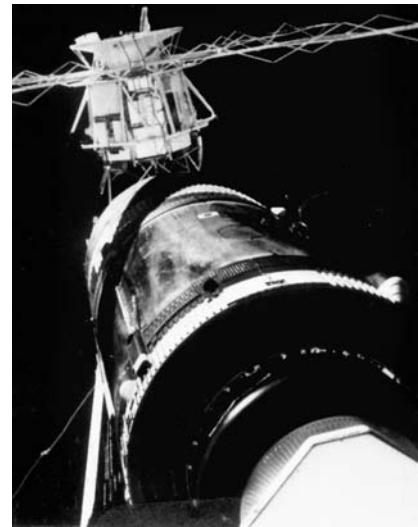


MENSAJES del AMOR de DIOS

Número 903

“Mirad a mí y sed salvos, todos los términos de la tierra, porque yo soy Dios, y no hay más.”

—Isaías 45:22—



El Testimonio de Dios

En la fotografía vemos uno de los apartos espaciales, en las cuales se han realizado viajes al espacio, lo que ha representado un gran avance en los logros del saber humano. Actualmente, cosas que años atrás parecían meras fantasías irrealizables, se han convertido en realidades, gracias a las nuevas técnicas y amplio desarrollo de la electrónica y de la informática.

Tales hechos son motivo de admiración, y los que creemos en Dios, podemos darles el lugar que les corresponde, en el campo humano, sin más trascendencia para las cosas divinas.

Pero no es así en todos los hombres, especialmente para los incrédulos, como es

el caso del astronauta ruso Gherman Titov, quien al regreso de un viaje espacial, y estando haciendo una gira por los EE. UU., dijo en una conferencia de Prensa que dio en la ciudad de San Francisco, **“no he visto a Dios en el espacio”**.

Este es el testimonio que él dio, pero no olvidemos que la Palabra de Dios nos dice: **“Si recibimos el testimonio de los hombres, mayor es el testimonio de Dios”** (1.ª Juan 5:9). En este caso, lo que dijo Titov, es **“el testimonio de los hombres”**; pero el testimonio de Dios (la Biblia), es lo que Dios dice.

Quienes conocemos, y amamos la Biblia, por ser la Palabra de Dios, sabemos que el hombre no puede ver a Dios en la manera que Titov se expresaba. Esto queda demostrado cuando leemos: **“Porque no me verá hombre, y vivirá”**; y leyendo en otro pasaje con respecto a esto mismo sobre Dios, tenemos que El **“habita en luz inaccesible; a quien ninguno de los hombres ha visto ni puede ver”** (Exdo. 33:20; 1.ª Tim. 6:16).

Finalmente podemos leer para nuestro gozo que **“a Dios nadie le vio jamás; el unigénito Hijo, que está en el seno del Padre, él le ha dado a conocer”** (Juan 1:18). Esta es una escritura muy importante, pues nos enseña que si queremos ver a Dios, debemos mirar a Su Hijo, el Señor Jesucristo. El mismo dijo de Sí, **“El que me ha visto a mí, ha visto al Padre”** (Juan 14:9), y también dijo, **“Nadie viene al Padre, sino por mí”** (Juan 14:6).

Debes saber, querido lector, que el hombre puede solamente venir al Padre porque

el Hijo de Dios abrió el camino al morir en la cruz, derramando Su preciosa sangre para purificar al pecador de sus pecados, y hacerlo apto para poder estar en Su presencia. Fue en la cruz donde Cristo, que nunca cometió pecado, Dios le hizo pecado por nosotros y sufrió el juicio de Dios debido a nuestros pecados. Tal fue el amor de Dios por nosotros que, **“Cristo... a su tiempo murió por los impíos”** (Rom. 5:6). ¿No te conmueve tal amor?

Si tú, querido lector, reconoces que eres impío, y que Cristo murió por ti, serás salvo. De otra manera, nunca podrás salvarte si no crees esto, y esgrimes como un mérito ante Dios, tu vida piadosa. Es algo que ningún hombre tiene por sí mismo. Dios dice: **“Por cuanto todos pecaron, y están destituidos de la gloria de Dios”** (Rom. 3:23).

En el momento que uno se reconoce condenado como pecador, se encuentra que la muerte de Cristo suplente su necesidad. **“Dios muestra su amor para con nosotros, en que siendo aún pecadores, Cristo murió por nosotros”** (Rom. 5:8).

Nadie puede pensar en aceptar a Cristo como su Salvador hasta que uno se da cuenta en verdad que está perdido. Titov, por ejemplo, dice que cree en el hombre, en su inteligencia, en sus posibilidades. Pero todos sabemos en que han resultado todas esas facultades del hombre, toda **“sus posibilidades”** humanas: en la muerte de millares de gente inocente en dos grandes guerras y en otros conflictos menos importantes. El creer en el hombre es rehusar el mensaje de Dios.

La verdad es que todos los hombres están perdidos y necesitan un Salvador, **“Mirad a mí, y sed salvos, todos los términos de la tierra, porque yo soy Dios, y no hay más”** (Isa. 45:22). Si tú, querido lector, no miras a Dios por medio de creer en Cristo y aceptarlo como tu Salvador, tendrás que mirarle cuando ya sea demasiado tarde, y vayas a encontrarte con El como tu Juez.

Balaam ya predijo esto hace miles de años, cuando dijo: **“Lo veré [a Dios], mas no ahora; lo miraré, mas no de cerca”** (Núm. 24:17). No querrás que sea así para ti, ¿no es verdad?

Si te preguntas cuando esto va a tener

lugar, la Biblia nos dice: **“Y vi un gran trono blanco y al que estaba sentado en él, de delante del cual huyeron la tierra y el cielo... Y vi a los muertos, grandes y pequeños, de pie ante Dios”** (Apo 20:11-12)

Si, estimado amigo, será en esta ocasión cuando todos los incrédulos comparecerán ante el Dios santo para juicio. ¡Quiera Dios que tú no estés entre ellos, antes te halles en la compañía de los que se han salvado, creyendo en Cristo!

Debes saber que no existe ningún lugar en el cual pueda esconderse el hombre que muere sin Cristo. Entonces habrá dejado este mundo para siempre, no estando preparado para entrar en el cielo. Cristo quien se sienta en este trono (ved Juan 5:22), tendrá que decirle **“atadle de pies y manos, y echadlo en las tinieblas de afuera”** (Mat. 22:13).

“Y el que no se halló inscrito en el libro de la vida fue lanzado al lago de fuego” (Apoc. 20:15).

Un Faro En El Desierto

La mayoría de los faros se encuentran en las costas cerca de las rocas o en lugares peligrosos en el agua. Estos faros parecen decir prácticamente, **“no os acerqueis aquí; ¡peligro!”**.

En cambio hay un faro el cual anuncia lo opuesto, pues éste invita a acercarse para dar ayuda al necesitado. Se trata del faro que se encuentra en medio del desierto de Arizona, en los EE. UU. En dicho desierto no puede encontrarse agua en unos cincuenta kilómetros en cualquier dirección, pero justo donde está el faro, hay un pozo. Así que por la noche hay una luz para hacer saber a los sedientos dónde se encuentra el pozo. Durante el día, su alta torre proclama el mismo mensaje, diciendo: **“aquí hay agua”**.

Lo mismo ocurre con el Señor Jesús, quien en medio del desierto de este mundo alza su voz y dice: **“Si alguno tiene sed, venga a mí y beba”**. Y también leemos: **“El que tiene sed venga; y el que quiera, tome del agua de la vida gratuitamente”** (Juan 7:37; Apoc. 22:17). ¿Has tú ya acudido a esta agua de vida? Ninguna otra cosa puede satisfacer el alma sedienta ahora y por la eternidad.

Jesús El Mesías

A una serie de predicaciones del evangelio que se estaban celebrando en cierta ciudad, asistía una mujer judía. El marido de ésta acostumbraba a pasar los atardeceres con sus amigos, mientras la esposa, más retraída, se quedaba en casa.

Para librarse de su soledad y picada por la curiosidad, asistió a una de dichas reuniones de evangelio. El mensaje de la primera noche no produjo en ella grande impresión, aunque llegó a decirse: **“¡Sumpongamos que Jesús fuese el Mesías!”**.

La siguiente noche de nuevo fue predicado Jesús. Antes de que terminara la predicación del evangelio, la suposición que se hiciera la noche anterior, cobró más fuerza en ella, diciéndose otra vez, **“¡tal vez Jesús fuera el Mesías!”**, y dicho pensamiento la turbó un tanto.

La tercera noche, el pensamiento de que **“Jesús era el Mesías!”**, se apoderó de su alma, y le hacía estremecer, haciéndole recordar que era una judía, por lo que tuvo la convicción de estar perdida para siempre, ya que su pueblo había dado muerte a Jesús.

Ese día su marido volvió a casa a media noche encontrando a su esposa hecha un mar de lágrimas. Ella le rogó que fuese a casa de algún vecino para que le prestaran un Nuevo Testamento para ella.

El marido trató de reirse de su momentánea depresión, procurando convencerla de lo disparatado del caso; pero no hubo manera. Como que él la amaba, al día siguiente fue a casa de un vecino a quien pidió le prestara un Nuevo Testamento.

La petición fue amablemente atendida, y dicho vecino pensó que esta era una buena ocasión para hacer algo por Jesús esa noche en tal casa. Fue a buscar a otro creyente para que le acompañara, y juntos se presentaron en el hogar judío. La puerta les fue abierta por la propia dueña, y con una amplia sonrisa de bienvenida, a manera de saludo les dijo: **“¡Hoy he encontrado a Jesús!”**.

Les explicó que cuando su marido le dio el Nuevo Testamento, se fue a su habitación, y arrodillada y alzando su mirada

al cielo, clamó: **“¡Oh Señor Dios de mis padres, Abraham, Isaac, y Jacob, dame luz! ¡Toda la luz que necesito para ver la verdad!”**

Entonces abrió el Nuevo Testamento al azar, leyendo en el principio de la epístola a los Romanos, cuyas palabras fueron callando su alma, mientras leía: **“Porque no me avergüenzo del evangelio, porque es poder de Dios para salvación a todo aquel que cree; al judío primeramente, y también al griego”** (Rom. 1:16).

Al leer esta mujer judía las palabras de este pasaje, creyó en el Señor, recibiendo en su corazón, y supo ya sin ninguna duda que el Señor Jesucristo era el Mesías. Por eso, cuando los dos creyentes llamaron a su puerta, encontraron a esta mujer regocijándose en el gozo de su salvación y de su nueva esperanza, dispuesta a confesar al Señor ante los hombres.

Querido lector, no sabemos cual sea tu posición actualmente, si estás o no salvado. Si nunca antes oíste de la salvación que Dios ofrece en Cristo Jesús, abre tu corazón a este mensaje para que seas salvo.

La Palabra de Dios nos dice que no hay ninguna distinción entre judíos y gentiles delante de Dios. Su Palabra lo dice con toda claridad: **“ya hemos acusado a judíos y a gentiles, que todos están bajo pecado. Como está escrito: No hay justo, ni aun uno”**. Y todavía se añade: **“Por cuanto todos pecaron, y están destituidos de la gloria de Dios”** (Rom. 3:9-10, 23).

Mas por la gracia de Dios, estimado amigo que lees estas líneas, podemos decirte que tampoco hace Dios distinción de personas para recibimos perdonados en Cristo, si creemos en El, y le aceptamos como nuestro Señor y Salvador, y como nuestro Santo Substituto quien murió por nosotros. En El, te decimos otra vez, que Dios acepta a todos; atiende: **“Porque no hay diferencia entre judío y griego, pues el mismo que es Señor de todos, es rico para con todos los que le invocan; porque todo aquel que invocare el nombre del Señor, será salvo”** (Rom. 10:12-13). Cree en el Señor, y te salvarás. No lo dejes para mañana; aceptale hoy.